

Lo primero que vio Angel Montesinos, por la mañana, al despertarse en la cama del hospital militar de sangre en Barcelona, situado en la Avenida de San Gervasio, en un antiguo colegio de monjas, fueron unos bellos ojos, aterciopeladamente negros, suavemente negros, untuosamente negros. La enfermera aquella, vestida de blanco,

EL NOVIO DE ELENA

(Cuento)

por

Arsenio MUÑOZ DE LA PEÑA

estrecha de talle, pero maciza de cuerpo, se le acercó con la sonrisa en la boca para preguntarle:

—¿Qué has puesto debajo de la cama que no hacen más que salir "trimotores"?

La enfermera se inclinó y sacó entre las manos unos desastrosos pantalones.

—Ya lo ves —contestó Angel un poco avergonzado.

La chica alzó en alto la ropa del mozo y prorrumpió en una sonora carcajada, exclamando:

—¡Pero si estos pantalones, de tanta "gente" como llevan dentro, son capaces de andar solos! ¿Ingresastes anoche en el hospital?

—Sí, a eso de las doce.

—¿Dónde te hirieron?

—En Uldemolins, pero cosa de poca importancia. ¿Tú eres enfermera de los rojos o de los nacionales?

—Todas las de este hospital estamos colocadas por los rojos. No era cosa de abandonar a los heridos porque viniérais vosotros... Aquí hemos quedado hasta que vengan vuestras enfermeras. Dicen que las traen pronto de Zaragoza.

La voz de aquella chiquilla le sonaba a Montesinos a música celestial y se sintió ganado por ella desde el primer momento. De su ovalada cara, de su bien cortada naricilla, de su bien torneado cuerpo, sobresalian aquellos ojos intensamente negros que parecían hechos con los fulgores del día y las sedas de la noche. Angel se sintió como aherrojado en ellos.

Ella se puso a arreglarle la cama con unas manos gorduzuelas, suaves y primorosas. Montesinos la interrogó:

—¿Eres de Barcelona?

—No, soy de Asturias.

—¿Cómo estás aquí?

—Vinimos toda la familia cuando cayó el frente del norte, Mis padres y mis hermanos han huido a Francia, al acercaros vosotros y yo he quedado aquí.

—¿Por el novio?

—Mi novio también ha escapado, pero no sé dónde estará.

—¿Le querias mucho?

—Sí.

Entonces la chiquilla, que no tendría más de veinte años, se puso intensamente pálida, trató de agarrarse a los barrotes de la cama y cayó al suelo, cuan larga era. Acudieron a socorrerla los que por allí estaban, entre otros un cabo de regulares vocinglero y matón, un legionario de tanques, simpático y calavera y otra enfermera, hermosísima, que se llamaba Julita y que era íntima amiga de la asturiana.

Tendieron a Elena sobre una cama vacía, avisaron a un médico del hospital que llegó al instante, le dio a oler unas sales y la joven se fue recobrando poco a poco.

—¿Le ocurre esto con frecuencia? —le preguntó el médico.

—Es la primera vez.

Llegó la directora del hospital, una dama alta, seca y evinagrada, puesta ya por los nacionales e interrogó:

—¿Qué ocurre aquí?

—Mi amiga Elena que se ha desmayado? —contestó Julita.

—¡Otra enfermera con des-

mayos! ¡Ya está bien! ¡Estoy harta de tantos desmayos! Que se presente ahora mismo en mi despacho.

Elena se levantó y ayudada por Julita marchó hacia el despacho de la directora.

Angel Montesinos quedó un tanto confuso y apenado. El cabo de regulares, el bocazas de la sala, dijo una impertinencia. El legionario de tanques le amenazó con darle un sopapo si volvía a hablar mal de Elena y el otro se calló la lengua. Montesinos simpatizó con el legionario y le preguntó:

—¿De dónde eres?

—De Miajadas.

—Hombre, somos paisanos, yo soy de Plasencia.

—Vente conmigo un rato a la calle. Vamos a dar una vuelta por ahí que no he salido todavía de Barcelona. A nosotros nos zumbaron un poco, al entrar, desde un cine de la plaza de Urquinaona, pero pronto les hicimos callar. Me llamo Alfonso Rozas.

Rozas era hombre alto y fuerte, ancho de nariz y con un perfilado bigote negro sobre el labio, sonriente de rostro y barbián de gestos.

Angel le explicó:

—Es que no tengo pantalones en buen uso para salir.

—No te apures, yo te doy unos estupendos que cogí ayer en un almacén de los rojos.

—Es que toda la otra ropa está destrozada.

—De todo eso tengo yo mucho.

Y uniendo la acción a la palabra, Alfonso extrajo de su maleta toda clase de prendas y se las entregó a Montesinos.

Este tuvo que confesar, avergonzado:

—Tengo imposibles las botas:

—De eso no tengo, pero ahora mismo voy a hacerte de unas bien buenas.

Salió Alfonso de la habitación y a los cinco minutos apareció con un par de botas magníficas y completamente nuevas.

—¿Dónde te has hecho de esas botas?

—Ahí en la sala de al lado se las he birlado a un "pipi".

Montesinos se vistió y pasada como una media hora salió a la calle en compañía de su nuevo amigo. A la misma puerta del hospital tenía la señal de parada el tranvía número 24. Angel tuvo un momento de asombro y de alegría cuando vio ante la misma parada la gentil figura de Elena.

—¿Tú aquí? —preguntó.

—Sí, hoy salgo antes de lo acostumbrado.

—¿Dónde vas?

—A mi casa. Julita y yo vivimos juntas.

Llegó el tranvía y lo tomaron todos rápidamente. La tercera parada fue en la plaza de Fer-

nando Lesseps y en ella se bajó Elena. Como Alfonso comprendiese los deseos de Angel, se adelantó para decirle:

—Bájate, si quieres y acompaña a Elena hasta su casa. Yo sigo hasta el puerto. Ya saldremos otro día.

—De acuerdo.

Elena y Angel se dirigieron a un café y se sentaron en un rincón discreto.

Elena se puso triste y se lamentó:

—Si se hubieran quedado aquí mis padres o yo me hubiese ido a Francia...

—¿Qué puedo hacer por ti?

—Nada, nada...

La chiquilla se deshacía en explicaciones:

—No es lo que tú crees... No me he desmayado por lo que tú piensas...

—Si yo no creo nada.

—El desmayo ha sido una cosa casual.

—De acuerdo, perfectamente. Vamos a cambiar el tema.

Siguieron charlando de mil cosas diversas y pasada una hora y media Montesinos acompañó a Elena hasta su casa. La asturiana vivía en la Travesera de Dalt, en un par de habitaciones que les habían arrendado a Julita y a ella. Elena le hizo pasar a un cuarto en el que ya estaba Julita, la cual sacó de un armario unas copas y una botella de anís y bebieron todos.

Pasaron juntos un par de horas en animada conversación y Angel tuvo que despedirse y marcharse al hospital pues cerraban pronto la verja principal. Cenó poco y se acostó desasosegado. Elena, el trato de Elena, la personalidad de la asturiana le tenía ganado por entero, se le había entrado en lo más profundo del alma. Veía a la chiquilla tan joven, tan bella e indefensa...

Al día siguiente volvieron a verse en el hospital. Elena era cariñosa y atenta. Todas las mañanas llevaba a Angel, a espaldas de la directora, un vaso de leche y unas galletas.

Algunas veces Angel veía a Elena muy triste y le preguntaba:

—¿Qué te ocurre?

—Ya ves, pienso en lo sola y desamparada que estoy.

—Yo te ayudaré. ¿No tienes fe en mí?

—Plenamente.

—Creo que adivinas todo lo que yo sería capaz de hacer por ti.

—Lo sé. Además eres todo un caballero. Lo noté, apenas te conocí. Comprendí que eras distinto a todos éstos. Hoy veo que no me había equivocado.

—Eres buena y digna de que te ayude. Otra en tu caso, con tu edad y tu belleza, ya hubiese solucionado por sí misma su problema... sin gran trabajo, en

este Barcelona tan inmenso...

Un día, después de la hora del almuerzo, Elena se acercó a la cama en la que todavía estaba Angel acostado y le dijo, muy seria:

—Ya llegó lo que temíamos. Ya nos ha dicho la directora que el lunes próximo no vengamos a trabajar al hospital.

—¿Y ahora?

—Ahora a recorrer las ramblas, si Dios no lo remedia...

—¡No digas eso!

—Perdóname. Estoy desesperada. ¿Qué va a ser de mí?

—De momento, toma este dinero que tengo.

Elena se negó, rotundamente, a aceptar el dinero que le ofrecía Montesinos, pero ante la insistencia de éste, tuvo que cogerlo, a la viva fuerza.

—Te lo cojo a ti, para no tener motivo de aceptarlo a otro —rumoreó Elena.

—No digas tonterías, que no sientes, siquiera. ¿Para qué dices eso? Tú eres una chica magnífica. Lo estás demostrando.

—Quieres hasta engañarme con que soy buena. Tú sí que lo eres...

—Anda, marcha para casa, que a eso de las cinco iré a buscarte y saldremos por ahí a pasar la tarde lo mejor posible. Alfonso me prestará dinero.

Elena se fue y Angel acudió a buscarla. Entraron en el mismo café de la vez anterior, en la

plaza de Fernando Lesseps. Apenas se habían sentado cuando se les acercó una mujer altiva, de correctísimas facciones, un tanto ajadas y con gran sigilo, preguntó a Montesinos:

—¿Quieres cocaína?

—No, yo no, ¿Por qué?

—Es que como ha hecho usted el gesto de llevarse los dos dedos a la nariz que es la señal que tenemos aquí para entendernos... Perdona.

Y la mujer se alejó. Elena comentó:

—Este Barcelona está lleno de vicios por todas partes. Me horroriza el pensar que me voy a encontrar aquí completamente sola, el día que te vayas...

—Todo lo solucionaremos entre los dos...

De pronto, Elena se puso muy pálida y dijo a Montesinos:

—Tengo miedo, mucho miedo...

—¿A qué?

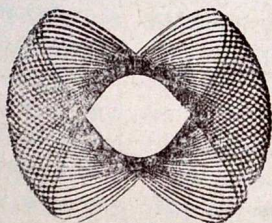
—A que me descubran los nacionales. Tengo que decírtelo. Yo estaba en el hospital para espiar a los médicos, pues algunos nos traicionaban y había que descubrirlos y darles su merecido.

—¿Y qué quieres que yo haga por ti?

—Me puedes avalar y llevarme contigo cuando te den el alta y te vayas con el permiso a tu casa. Tú eres bueno...

—Y te quiero con toda mi alma.

Elena inclinó su cara, de fina piel, sobre el hombre de Angel y rompió a llorar.



En la tarde del año

Para el otoño todos son hermanos:
hermana Eulogia, hermano Timoteo...
Es palabra que corre como el vino
y encuentra para todo el mejor verso.

Cada pueblo es blanquísimo, es de pan,
cada hombre es pedazo de pan tierno,
cada hierba recita cada paso
y el sol le copia estrofas al sendero.

Errante va el sudor haciendo ríos
de trabajo y aún falta pan.

Estrechos se vuelven los caminos, como surcos,
porque crecen los pies. Se va muriendo
mientras se va arando. Las pisadas
resuenan a cansancio y sentimiento.
Pero se dice ¡hermano! Y cada boca
a las letras de amor le deja un beso.

Allí está está la memoria del molino
como un telón de harina contra el cielo.

El vientre escriturado de la fuente
donde beben los pájaros el sueño.

La historia tentadora de la lluvia
en la genealogía del barbecho.

A sus pies, tiende el pueblo la vejez
dulce y destartalada de sus huesos,
la carretera polvorienta, el río
con márgenes de cardos y sediento...